



AULLIDOS EN BARCELONA

Daniel Banegas

UNIVERSO
de LETRAS 

Índice

Prólogo	13
Una llamada anónima al 112	19
¡Vaya pedazo de cruz!	29
Un millón de cicatrices.....	41
Hasta que el sol se esconde por el horizonte	51
Una rutina que se repite de forma sistemática	61
La maldita estatuilla de hierro forjado.....	67
La fuerza de un amigo es mucho más poderosa que la de un vampiro.....	73
¿Quién es la tercera persona?	83
Un animal con grandes colmillos.....	89
Son unas manos muy raras.....	95
Otro de su especie.....	103
Esto no me hace ninguna gracia	109
Puede que solo tengáis una oportunidad	113
Nunca había visto nada parecido.....	127
¿Te parece que estoy para bromas?	131

Mi mente racional no me permite digerir una noticia como esta	139
No pienses en un elefante	145
Una bestia peluda de apariencia humana	157
¿Qué has hecho? Y, sobre todo, ¿qué vas a hacer?	163
Un parque repleto de fuentes, canales, estanques y cascadas	169
Enterrado en vida	175
Ahora sé que nos decías la verdad	185
Todo coincide con las muertes de Collserola	193
Una amalgama de olores perfectamente coordinada	199
Tras el agua del grifo	207
Ese día se hará realmente largo	213
¡Te estás equivocando!	217
El día se presenta nublado	223
¡Necesitamos refuerzos!	233
El aullido más escalofriante que jamás se haya oído en la historia	243
¡¿Nos tomas por imbéciles?!	249
Un silbo apacible y delicado	255
El sonido del agua de la cascada	263
La respuesta a esa pregunta la tendrás que encontrar tú	269
Información anexa proporcionada por el autor	275
Biografía del autor	278
Agradecimientos	279
Otros libros del autor	281
Notas del autor	287

Aullidos en Barcelona es una continuación de *Corazón de carne*, aunque puede leerse de forma independiente.

Desde el final de aquella aventura, cada noche de luna llena se oyen unos estremecedores aullidos en Barcelona. Proceden de aquella gruta escondida y cubierta por arbustos en la falda del Tibidabo que ahora protege su entrada con tres puertas de enormes barrotes.

Corazón de carne

A mayor sabiduría, mayores molestias; cuanto más se sabe, más se sufre.

Eclesiastés 1:18

Por pensar tengo un millón de cicatrices.

El Canto del Loco

Prólogo



Diario de Alain
Octubre

Me llamo Alain, y soy de Barcelona, aunque tengo ascendencia francesa. Nací rebelde, idealista, con pretensiones de luchar contra la injusticia. Me atormenta saber cómo actos del pasado pueden condicionar la vida de una persona de tal manera que le supongan una carga tan amarga a toda su existencia. Y lo sé por experiencia, porque en eso se basa mi historia. ¡Estoy harto, esta vida es una mierda! Quise luchar contra el mal y ahora el mal lo llevo dentro, porque soy un hombre lobo. ¿Y cómo empezó todo? Así:

En 1911, aquella proxeneta y asesina de niños llamada Enriqueta Martí (sí, la que después se conoció como La vampira del Raval) pasó a formar parte de mi historia cuando entregó a unos seres extraños a mi antepasado Jacques Lagille en una fatídica noche en el casino de la Rabassada. Aquellas criaturas eran vampiros y acabaron con su vida. Parece ser que el objeto de su deseo

era el plano de una mansión transilvana que mi antepasado ya había hecho llegar a su hijo. Ese hecho, ocurrido una sola vez en la vida, ha sido un lastre familiar que todavía hoy sigo arrastrando.

En 1984 decidí poner fin a esa carga. Necesitaba venganza, necesitaba justicia, necesitaba... demostrarme a mí mismo que no era un fracasado, que podía luchar para erradicar el mal que me perseguía desde antes de nacer y fui a su encuentro. Habían pasado casi tres cuartos de siglo, pero el caso de Jacques Lagille nos seguía pesando como una losa. No podíamos más. Mi padre, mi tío y yo fuimos a Transilvania, a la cuna del vampirismo, para acabar con la maldición vampírica de raíz. Teníamos el plano de la mansión, pensábamos que lo lograríamos... otro fracaso más en mi vida. Mi padre y mi tío murieron en el intento, pero yo permanecí en Transilvania esperando no sé muy bien a qué. Dos años... dos años estuve empapándome de las costumbres transilvanas, investigando y descubriendo la lealtad absoluta que le debían los vampiros a su Amo y que acabar con él era la única manera de acabar con la maldición, pero ¿cómo? Y entonces llegaron ellos: nueve antiguos compañeros de una escuela de Barcelona llamada Pere Galès, porque eran de trasfondo protestante. ¡Menuda pandilla! Y encima decían creer en Dios, ese supuesto Dios que, si existe, me inquieta y me enfada a partes iguales, a quien tengo tanto que preguntar y él tiene tan poco que responder. Resulta que la que habría sido tía abuela de uno de ellos, un tal Dani que presumía de ser buen judoca, también había sido víctima de Enriqueta Martí cuando era solo una niña de cinco años. Él había convencido a sus amigos para ir a Transilvania con el mismo propósito que yo. No lo podía permitir; esos idiotas no iban a ser capaces de conseguir lo que yo no había podido, así que me dediqué a espiarlos y regodearme en su fracaso cuando partieron a combatir a los vampiros siguiendo unas pistas falsas. Lo que no

esperaba es que, aprovechando su ausencia, los vampiros hicieran un ataque al pueblo que acabó en una masacre.

Cuando volvieron no tuve más remedio que darme a conocer y unirme a ellos. ¡Vaya grupo de pardillos!, les tuve que explicar un montón de cosas sobre los vampiros de las que no tenían ni idea, aunque venían bien preparados para la lucha: uno de ellos, Rubén, era músico y había diseñado muchas de sus armas, cerbatanas y arcos que lanzaban dardos y flechas con una cruz incrustada y untados con ajo; traían también a un «experto» en la elaboración, interpretación y uso de mapas y planos. Ese era Álex. Un tal Jónatan era el líder del grupo, un guaperas enteradillo que iba de montañero al igual que Carles, aunque este iba bastante a su rollo. Luego estaban David y Goliat: el canijo era Dan, que hacía las veces de encargado de los primeros auxilios, y el larguirucho era Richard, un sueco. Y, por último, estaban los más bocazas: Samuel, que era un buen arquero, y Joaquín, un grandullón bruto como él solo y que se creía muy gracioso. Pero, mira, dicen que el roce hace el cariño y, en el fondo, eran mi única compañía allí, así que me uní al grupo. Debo reconocer que llegué a admirar la fe de alguno de ellos. En fin, elaboramos un plan conjunto que se truncó con un nuevo ataque sorpresa: una mañana, antes del alba, los vampiros capturaron a Álex y se lo llevaron a la mansión donde el Amo de los vampiros lo usaría como juguete hasta la puesta de sol, cuando se convertiría en cena para él y el resto de chupópteros, así que teníamos que salvarlo antes de que el día llegara a su fin.

Nos dividimos para entrar en la mansión (una mansión sospechosamente repleta de cubertería de plata): Richard, Dani y yo entramos por la puerta principal mientras el resto lo intentaba por una gruta que daba acceso a las mazmorras. Resulta que la cueva estaba infestada de vampiros y tuvieron que salir por patas. No pudieron evitar que los vampiros atraparan a Dan y lo

convirtieran en vampiro. A Joaquín también le mordieron, pero consiguieron salir de la gruta siendo aún de día. Los vampiros les persiguieron, pero no podían salir de la cueva hasta que el sol se pusiera, así que permanecieron al acecho hasta que ese momento se produjera y poder lanzarse a por ellos.

La misión dependía de los tres que entramos en la mansión y allí nos encontramos a quien fue la clave de nuestro éxito: Nicoleta, una vampira preciosa. Desde luego, alguien dijo que la belleza es belleza, pero nunca ha sido un indicativo de bondad o maldad. Era una adicta a la sangre; sin embargo, no sé por qué, la tristeza en sus ojos me hizo ver que la clave no era atravesar su corazón, sino llegar a él, y lo logramos. Necesitaba tanto cariño y atención como yo. Estaba esclavizada por el Amo y ella fue la que nos ayudó a derrotarlo, aunque murió por exponerse al sol que acabó con él. ¡Dios, qué injusto!

Sí, conseguimos acabar con la maldición vampírica y al matar al Amo se acabó la inmortalidad concedida por él, con lo cual los vampiros de la cueva recuperaron su verdadera edad y muchos murieron al instante. Dan volvió a ser humano después de unos minutos de ser vampiro, pero me parece que esa experiencia le está pesando en su vida más de lo que se quiere imaginar.

¡Qué bonito, ¿verdad?! Conseguimos nuestra misión, el mundo nos tendría que dar las gracias, pero esa gloria fue efímera, como tantas otras buenas experiencias en la vida. Había un elemento con el que no contábamos: un hombre lobo al que nosotros le habíamos eliminado sus enemigos naturales y cuya única presa pasamos a ser los humanos. Acabamos con él, pero el condenado me mordió, sí: me transformó en uno de su especie en esa misma noche. Me metamorfoseé en una bestia y no he dejado de hacerlo con cada luna llena. Mis compañeros se refugiaron en una de las alcobas de la mansión mientras yo pretendía convertirlos en mis presas. Allí les vino su vocación de buenos samarita-

nos y elaboraron un plan para permitir que yo pudiera tener una vida normal solo limitada a estar encerrado las noches de luna llena: cambiaron las puntas de los dardos de las cerbatanas por las púas de los tenedores de plata de la mansión y me acibillaron a dardazos. Eso me provocó un *shock* anafiláctico que les permitió encadenarme, sacarme los dardos y esperar a que amaneciera convertido en hombre. Admito que al hacer eso fueron valientes y se jugaron el pellejo por mí; les tendría que estar agradecido.

Regresamos a Barcelona y buscaron una gruta escondida en la falda del Tibidabo. Le colocaron tres puertas de enormes barrotes y cada noche de luna llena me encierran allí mientras uno de ellos hace guardia. El diario que recogí de la mansión con las memorias de Nicoleta y un intercambio de cartas entre ella y el antiguo hombre lobo me ayudaron a entender lo duro que es convivir con una naturaleza que no has escogido, que te domina y que forma parte de ti, transformándote de forma irremediable en un monstruo. Se supone que el resto de días del mes deberían ser para que yo disfrutara, para tener una vida normal, para hacer las cosas cotidianas, para relacionarme con los amigos que me salvaron la vida... ¡Malditos todos! ¡Qué poco duró ese estado ideal! ¡Qué rápido evidenciaron que yo era una carga! A buen entendedor pocas palabras bastan; sabían que yo era una bestia, aunque tuviera forma humana veintisiete días al mes. Y la puntilla llegó cuando empezaron a tener hijos, hijos que ni siquiera podían saber que yo existo, como si fuera un apestado.

Treinta años así. Cada mes la misma rutina. Sí, soy un hombre lobo, un licántropo, o como quieras llamarme, pero eso va a dejar de ser un motivo del que avergonzarme para ser un motivo de orgullo. Estoy harto de autocensurarme, ha llegado el momento de dar a conocer mi poder.

Una llamada anónima al 112



*Barcelona. Carrer Arlet
Noviembre*

Las risas y voces de cuatro jóvenes volviendo de fiesta son lo único que altera el silencio de la madrugada de un sábado del mes de noviembre. Los vecinos hace tiempo que se han ido a dormir. Los jóvenes han bebido más de lo normal y su embriaguez hace que no sean conscientes ni del elevado volumen en el que están hablando ni de las ráfagas de luz naranja y azul que se entrecruzan y proyectan reflejos intermitentes en las fachadas de los edificios. Una ambulancia y un coche de policía llevan unos minutos en la esquina entre las calles Jaume I y Arlet alertados por una llamada anónima al 112.

El agente Joaquín Cuesta comenta con el sargento los informes policiales de los hechos macabros acontecidos en ese mismo

lugar de forma periódica, donde ya desde finales del siglo XIX y principios del XX se encontraron varios cuerpos mutilados. Parece ser que se debía a los rituales de vudú importados por muchos indios a través de su contacto con esclavos negros en América. El dinero no era lo único que habían traído aquellos que fueron a enriquecerse al Nuevo Mundo. En 1947 volvieron a aparecer dos cadáveres. Pero el caso que quizás llama más la atención es el de las dos jóvenes británicas de cultura gótica que se instalaron de okupas en esta casa en 1982, donde fueron halladas muertas en extrañas circunstancias sin descartar la posibilidad de que alguien hubiera bebido su sangre. Para unas góticas como ellas, con su curiosa relación con lo lúgubre y la muerte, la muerte era precisamente solo una continuidad a la vida eterna y, en cierta medida, el *summum* de la belleza.

Desde entonces la casa ha permanecido cerrada, aunque los vecinos siempre han alertado de extraños sonidos procedentes del interior. Las llamadas a los servicios de emergencias son frecuentes y suelen solucionarse con una mera conversación telefónica, pero en este caso el contenido de la misma ha disparado las alertas de forma especial y ha provocado que dos antiguos compañeros vuelvan a encontrarse, pero ahora para desarrollar su actividad profesional.

—¡Qué pasa, tío! —le dice Joaquín a Dan cuando unos metros de privacidad le hacen dejar de lado por unos instantes la jerga policial. La corpulencia de Joaquín sigue contrastando con la estatura de Dan, aunque con el paso de los años las diferencias se han ido equilibrando gracias al estirón tardío del que ahora trabaja como enfermero en el servicio de emergencias.

Dan se encoje de hombros, lleva toda la noche de guardia en la ambulancia y de lo que tiene ganas es de acabar con este caso para irse a dormir.

—No es la primera vez que vengo a esta casa, aunque será la primera vez que entro —sigue comentando Joaquín—, hay

muchas supersticiones que rondan este lugar. Fíjate en esto —añade señalando una baldosa situada en el dintel izquierdo de la puerta—: parece la imagen de un querubín en negativo: pelo negro, ojos tapados, cuello negro... incluso parece tener una especie de halo imperfecto. Las muestras extraídas de esta otra baldosa —Señala un poco más abajo una que es más oscura— dieron como resultado que se había usado sangre mezclada con almagre para darle este color.

Dan escucha con atención mientras se frota las manos delante de la boca para darles un poco de calor con su aliento, a la espera de que llegue la orden judicial para poder abrir la puerta con la ayuda de los bomberos. Alza la vista, se ajusta bien las gafas y se fija en la cicatriz que cruza la mejilla izquierda de Joaquín, ahora tapada parcialmente por una espesa barba: una herida que él mismo le había curado hacía tres décadas, un zarpazo que le recuerda que su amigo había arriesgado su vida enfrentándose al vampiro que le apresaba recibiendo a cambio una brecha producida por la garra del monstruo. Vuelve a descender la vista; quiere quitarse de la mente todo lo que le recuerde a su misión en Transilvania a finales de los años ochenta del pasado siglo.

Pero, así como esas horas de la madrugada suponen el final del turno para Dan, implican el principio del turno para Joaquín, que se muestra plenamente activado y con ganas de explicar anécdotas:

—¿Sabes que justo aquí detrás, en la calle Palma de Sant Just, está uno de los pisos donde había vivido Enriqueta Martí? —le pregunta Joaquín.

Un sobresalto sobrecoge a Dan, quien responde con contundencia:

—¡No vuelvas a mencionar ese nombre! —Cualquier referencia a la conocida como la vampira del Raval, que motivó su misión transilvana, le remueve el estómago.

—Ven conmigo —sigue diciendo Joaquín mientras toma del brazo a Dan para que le siga hasta la esquina con la calle Hèrcules, situada a solo unos metros de donde se encuentran y donde se halla otra puerta que da acceso al mismo recinto—. Parece que aún faltan unos minutos para que podamos entrar y quiero aprovechar para enseñarte esto. Fíjate en la fachada de ese edificio. ¿Ves esa estatuilla?

Señala con el índice a unos cuatro metros de altura, a una pequeña figura de hierro forjado clavada en la pared. Es difícil de saber lo que representa. Es una figura de unos veinte centímetros con una pequeña cabeza, unos brazos cortos colocados en cruz, grandes pechos y lo que se intuye como un falo enorme que acaba en forma de bola.

Dan asiente con la cabeza.

—¿Qué es? —pregunta finalmente con una mueca de extrañeza.

—Más bien, ¿qué son? —responde Joaquín—. La verdad es que son un misterio. Hay unas cuantas repartidas por todo el barrio gótico, pero no sabemos quién las coloca y luego las cambia de sitio. Algunos las relacionan con el demonio Pazuzu de la mitología sumeria, pero la verdad es que tienen muy poco parecido con las estatuillas de él que se hallan en los museos. Parece más bien como un código en clave y hay ciertas evidencias para creer que son obra de sectas vampíricas o de rituales de vudú o de ambas. Dicen que un tal Lestat es el líder de esa secta.

Un tercer coche aparca en las inmediaciones y dos bomberos que responden a los nombres de David y Òscar se acercan para intercambiar unas palabras con los agentes de policía. Joaquín y Dan aprovechan para regresar y observan desde la distancia los movimientos afirmativos con la cabeza de los policías mientras señalan la puerta ante la que ellos dos están esperando. Unos segundos después los dos bomberos se aproximan, Òscar con una

radiografía con la que intenta abrir la puerta de forma infructuosa. Tras unos minutos, David lo intenta con una herramienta más efectiva, aunque menos ortodoxa: tras cuatro fuertes golpes con un mazo, la puerta queda abierta de par en par.

—Ya tenéis vía libre —comenta el bombero David. Ellos se quedarán afuera a no ser que su presencia en el interior sea necesaria.

Joaquín y Dan entran y poco después certifican que la casa no dispone de electricidad y que requieren de linternas para poder orientarse en su interior. Los haces de luz les permiten reconocer una gran sala diáfana pintada de color oscuro. Parece ser una combinación de negro y violeta, aunque la escasa iluminación no les posibilita diferenciar los tonos con seguridad. Una majestuosa cortina cubre las ventanas. Muebles antiguos y una decoración siniestra con calaveras, gárgolas, dragones y otros objetos misteriosos colocados de manera estudiada proporcionan un ambiente verdaderamente tétrico. El olor a cirio impregna toda la estancia; los candelabros y las velas consumidas están repartidos por cada uno de los muebles.

Joaquín husmea sobre una polvorienta mesa de escritorio: libros viejos, guías de viaje antiguas y planos turísticos desfasados de la ciudad junto con varias cintas de casete del grupo británico *The Cure*.

—*Desintegration, The Funneral party*¹... estos tíos eran la alegría de la huerta —comenta Joaquín al leer el título de algunas de las canciones.

Sigue buscando y debajo de todo consigue desenterrar un pasaporte británico. Sopla para sacarle el polvo justo antes de toser con fuerza: «Margaret Lowery, nacida en Londres en 1962», lee. Lo vuelve a dejar en su lugar cuando oye la voz de Dan llamándole desde detrás de un sofá con un enorme respaldo.

—¡Joaquín, ven, ayúdame! —le apremia Dan.

¹ «Desintegración», «La fiesta del funeral».

Estirada sobre una gran mesa de madera maciza rodeada de candelabros yace inerte una joven de una palidez fuera de lo normal, vestida de negro, maquillada de forma extrema con una sombra de ojos oscura y labios de un tono semejante al vino tinto; el pelo corto y alisado, teñido de negro y rojo, evidencia una reciente visita a la peluquería. Dan deja su maletín en el suelo y lo abre para colocarse unos guantes de látex mientras Joaquín recorre el cuerpo de la chica con la linterna para identificar posibles señales de agresión que no encuentra. Solo las letras «M. L.» tatuadas en el antebrazo derecho le llaman la atención en ese momento.

—No le encuentro el pulso, pero está congelada, debe de hacer horas que ha fallecido —comenta.

—Joaquín, déjame hacer a mí mi trabajo y límitate tú a hacer el tuyo —le dice Dan al tiempo que se dispone a controlarle las constantes vitales.

—Dan, mira esto —le dice Joaquín mientras sostiene un pequeño espejo delante de la boca de la chica.

—El espejo se empaña. ¡Gracias a Dios, está viva! Voy a ponerle una vía —se apresura a decir mientras se agacha para recoger los utensilios necesarios.

—No —dice Joaquín—, eso no es lo más importante, ¡fíjate bien!

Dan no entiende qué puede haber más importante que haber llegado a tiempo para salvar la vida de la chica, así que mira a su amigo con asombro y vuelve a fijar los ojos en el espejo.

—¿Qué ves de extraño? —le pregunta Joaquín.

—No sé a qué te refieres —responde Dan con aparente malestar—. No es momento para acertijos.

—¿No ves nada más que te dé indicaciones de algo? —insiste Joaquín.

—No, no veo nada de extraño, la chica está viva y lo extraño es que no me dejes hacer mi trabajo para no perderla definitivamente —contesta Dan.